

*San Francisco (Telde):
un escenario encantado*

ALFREDO HERRERA PIQUÉ

Paseamos por las recónditas calles de San Francisco después de que la tarde ha perdido su diáfana luz entre opalinas franjas, sobre la armoniosa vega de Telde, en medio de un cálido silencio que penetra hasta el fondo de nuestro ser; este beato silencio que nos embruja entre una escenografía de sencillas sutilezas bajo la noche estrellada de luna menguante. San Francisco se nos parece entonces con el perfil blanco de un cortejo aldeano, entre muros y tapias de marfil, estas paredes cuya orfandad tiene antiguos registros de juegos infantiles, resonancias de idilios y de ilusiones juveniles y de sólidos recuerdos familiares. Este barrio de actitudes góticas y castizas, nos adelanta, entre la teja inclinada de las rojas techumbres, la sonrisa blanquecina de las desnudas épocas fraternales, de viejas credenciales de prosapia, con retazos de la pequeña historia perdida y recuperada; una imagen que parece emerger del pincel de un Piero de la Francesca —el pintor de la luz—, entre los lejanos ecos de un coro de Palestrina. Y sobre la balconada del viejo barranco, en la perspectiva de los ancestrales asentamientos de Tara y de Cendro, de alza la cristiana viudez del templo franciscano, rememorando una sencilla página de la Biblia, mientras que con la última voz de su campanario reverbera una estrella de inmediata luz.

Nosotros proseguimos, a la lumbre de los rústicos candiles, esta tertulia, este encuentro que nos recuerda que la ciudad de Telde fue uno de los núcleos aborígenes más importantes de Gran Canaria —sede del guanartemato de su nombre— y que en el tránsito a la historia atlántica tuvo, inmediatamente, una preponderancia urbana, social y económica en el ámbito del archipiélago. Telde fue desde finales del siglo XV asiento de una poderosa clase terrateniente, enriquecida por el cultivo y la exportación del azúcar. Esta próspera economía sustentó el desenvolvimiento urbano de la primera mitad del siglo XVI en esta villa, con su calle real, la iglesia de San Juan y el Hospital e iglesia de San Pedro Mártir y la de Santa María de la Antigua. Después a comienzos del siglo XVII, el convento de iglesia de San Francisco. Fruto de aquel pasado, Telde conserva hoy varias de las joyas artísticas más preciadas del archipiélago. Pero como conjunto arquitectónico quizás la parte más sobresaliente de la ciudad sea la constituida por este barrio de San Francisco.



Desde aquellos albores del siglo XVI, en los que comenzó a edificarse este caserío, hasta alcanzar a nuestros días, tanto el trazado del barrio como muchas de sus construcciones han permanecido inalterables. Esta milagrosa supervivencia se debe en buena parte al hecho de que Telde ha continuado su expansión hacia el sur y hacia la costa próxima, dejando a su espalda, al soco de los montes, el recoleto barrio.

Caminar el barrio de San Francisco es como hacer una incursión a través del tiempo. En este escenario arquitectónico los días parecen haberse detenido en un momento de cualquier año, entre el 1600 o el 1700: el suelo empedrado, las albeadas casas de irregulares paramentos, las cubiertas a dos aguas, entre cuyas tejas se filtra el verde carnosos de algunos verodes, y la piedra gris enmarcando las puertas de barnices desvanecidos. Las sinuosas calles buscan recónditos rincones y a su término aparece casi siempre la estampa de los platanales. Hay una atmósfera de magia, sin apenas ruidos: sólo la interrumpen los alegres gritos de unos niños o el viento que a veces silba al invadir los callejones.

La modesta arquitectura civil de San Francisco ofrece un acento enteramente popular. Responde a los invariantes castizos de la arquitectura iberoamericana, como Betancuria, Tegui, Vegue-

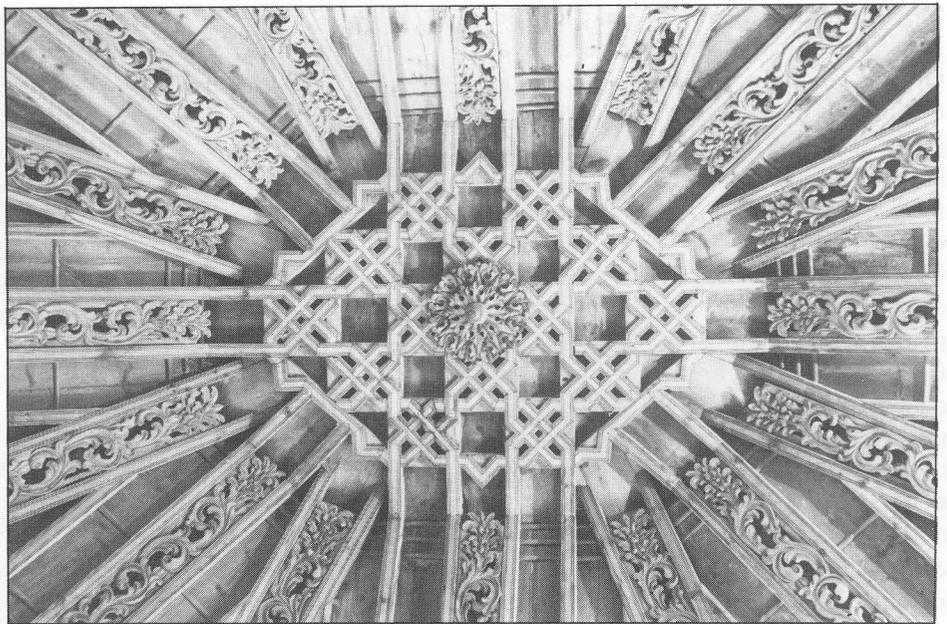
ta, La Laguna o Santa Cruz de La Palma, como los niveos caseríos andaluces, de la Extremadura hispana o lusitana, del Algarbe o los de Méjico y de los antiguos virreinos de la Nueva Granada y el Perú. Este conjunto es una pequeña joya, en la que brilla con mayor intensidad la iglesia del viejo convento, abierta a la pequeña plaza, con sus dos naves afirmadas por columnas de piedra y coronadas de curiosos artesonados. Hoy, en el pórtico del barrio nos recibe la única aportación moderna, la cruz de piedra amarilla que diseñara el artista teldense José Arencibia, autor también de otros bocetos para la rehabilitación de San Francisco.

Estas paredes blancas, a veces coronadas de almenadas puntas de diamante; esta coherencia, casi uniformidad, en los elementos constructivos y ornamentales, nos trasladan un mensaje: la didáctica de la sencillez, hermanada con el gusto natural estética, con una casi espontánea concepción de las cosas bien hechas; en este caso, con un estilo artesanal continuado secularmente por los labrantes que trabajaron las viejas piedras, los carpinteros y los albañiles que a lo largo del tiempo compusieron esta decoración de innegables valores sociales.

Así, junto a la cultura histórica, la cultura literaria y la cultura científica,

se nos revela esta cultura de la calidad de vida, una cultura del asentamiento urbano y rural, del medio ambiente de vida, desde una perspectiva estética de equilibrio con la naturaleza, de reconciliación con el medio natural. Desde este punto de vista, el barrio de San Francisco constituye un legado singular, un museo vivo, una ejemplar expresión de nuestro patrimonio cultural que refleja las señeras peculiaridades arquitectónicas, sociológicas y etnográficas del pasado insular; en definitiva, de un estilo de vida.

Este patrimonio cultural de las islas Canarias, del que San Francisco es una buena muestra, con sus monumentos, sus conjuntos urbanos, sus viejos conventos, su arquitectura rural, los museos, el patrimonio bibliográfico y documental, el arte mueble, los hermosos retablos y artesonados de los templos; esta escala terminal o de tránsito de corrientes artísticas, artesanales y constructivas que es nuestro archipiélago, es también un pilar para nuestra historia y para nuestra conciencia colectiva. Por esto, este recorrido por San Francisco nos trae, asimismo, el mensaje de la ineludible protección, conservación y rehabilitación de nuestros bienes culturales, de nuestro patrimonio arqueológico, histórico y artístico, de nuestra herencia colectiva.



Frente a los despropósitos y desfueros permanentes en el ámbito rural y urbano, frente a las agresiones a nuestro demacrado paisaje, frente a los atentados en costas y medianías de las islas, frente a la invasión indiscriminada del cemento, frente al vulgar cajón que se enseñora lamentablemente del medio agrícola y paisajístico de Gran Canaria, este conjunto de San Francisco es una expresión de ética civil, de aliento a la calidad de vida, de defensa de esa cul-

tura estética y de estímulo a nuestra conciencia social. Los pueblos que no son capaces de definir e implantar su propia conciencia viajan anónimamente sumergidos en la oscura corriente de la historia. La historia, la propia historia, es un derecho fundamental de los pueblos. Pero es cada colectividad la que tiene que construirla. Como ha dicho el historiador Joseph Ki-Zerbo, “vivir sin historia es renunciar a ser uno mismo en beneficio de otros que están más abajo; en la marejada de la evolución humana, es aceptar la función anónima de plancton o el protozoo”.

En las embarcaciones antiguas, en los buenos barcos marineros, había lo que se llamaba la “tripulación de quilla”, que es la que siempre marcaba la impronta aunque luego se fueran incorporando nuevos tripulantes. Así, la embarcación mantenía un estilo de navegar. Es el estilo que marcan, y por ello acudimos a este símil, formas de vida como las que revela el barrio de San Francisco. Nuestra sociedad necesita hoy ese respeto a la tripulación de quilla, necesita recuperar un estilo por ahora perdido.

Así, como una guía para la conciencia colectiva, San Francisco es un barrio que merece toda la atención y el desvelo que podamos dedicarle. Es un lugar claro y tranquilo en donde podemos dialogar con la sombra de nuestro pasado y en donde podemos contemplar una estrella para nuestro futuro. San Francisco es una égloga a la vida y un canto a nuestra convivencia. Ahora, con los postreros sonos de las campanas de San Francisco, proseguimos con devota complacencia el deambular por el escenario encantado de las calles del barrio.

